

La guerra de las ciencias y la crisis de la Modernidad

(Diario ABC, Primera palabra, Suplemento cultural, 19 junio 1998, p. 5)

Una áspera polémica enfrenta últimamente a algunos científicos con sociólogos de ciertas escuelas; es la llamada guerra de las ciencias (de la sociedad y la naturaleza). A primera vista podría parecer una simple querrela entre gremios, tan sólo una escaramuza en la pugna de dos grupos por demostrar quien debe tener mayor prominencia social. Pero es mucho más que eso. Se trata en realidad de un episodio bien expresivo de la tensión entre la Modernidad y sus críticos, como muestra la alineación de hipermodernos y posmodernos en los bandos más extremos del debate. El eje de la discusión es el valor que se debe dar al conocimiento científico – o al conocimiento humano en general – y a la objetividad de las concepciones del mundo. O sea, que se ocupa de cuestiones tales como si es o no posible hacer afirmaciones seguras o llegar a principios éticos de aceptación universal. Las respuestas que demos a esas preguntas y a otras parecidas van a condicionar la cultura del XXI. Es mucho pues lo que va en el envite.

La cosa empezó cuando sociólogos de algunas escuelas, sobre todo de la llamada de Edimburgo, empezaron a propagar la nueva de que el conocimiento científico no es más que un convenio entre colegas, un simple constructo cultural que debe abandonar cualquier pretensión de objetividad. La ciencia sería tan sólo un sistema comunal de creencias con mucha menos base que lo que se suele suponer. Un adalid de esta idea es Andrew Pickering, quien en su libro sobre los físicos de partículas elementales “Constructing quarks” dice de modo provocativo “Al formarse una visión del mundo, nadie está obligado a tener en cuenta lo que dice la ciencia del siglo XX”.

Algunos científicos responden airados, convencidos de que la ciencia busca y encuentra verdades que son objetivas porque se pueden comprobar en cualquier momento mediante experimentos reproducibles por otras personas y sometidos a toda clase de críticas y controles. Alejados de los dos extremos, muchos de ellos (y también otros sociólogos) admiten que la ciencia no puede explicarlo todo, pero sí están convencidos de que ofrece verdades últimas, si bien parciales, sobre el mundo. Aunque nunca se llegue a enunciar algo que pueda llamarse la verdad del universo – o sea la teoría final y definitiva que lo explique todo –, la cantidad de cosas que sabemos objetivamente sobre la materia, la vida o el hombre aumenta sin cesar. Se trata de verdades que permanecen ya establecidas de modo objetivo. ¿Alguien puede dudar de que las leyes de Newton describen el comportamiento real de los planetas o de que los cromosomas contienen la molécula de la herencia biológica?

Es cierto que la ciencia es una empresa humana, imperfecta e incluso falible y que tiene sus aspectos patológicos – debidos a lo difícil que es entender cómo se comporta la materia o a condicionamientos socioculturales–. Pero lo que ignoran quienes la ven como un mero constructo cultural es que el método científico impone un sistema colectivo de control que acaba detectando y eliminando los errores o los convenios sin fundamento. Gracias a ello, la comunidad de los científicos llega a ser mucho más objetiva y fiable que cada uno de sus miembros. Nótese que el sistema incluye, en particular, la repetición de los experimentos y el análisis de las teorías por parte de investigadores de las escuelas rivales y hasta enemigas. Así se explica el acuerdo tan alto que se llega a alcanzar sobre las leyes de la naturaleza, incluso entre quienes habían partido de opiniones muy distintas.

Los partidarios de la ciencia como mero convenio cultural forman un conglomerado que incluye a posmodernos y a profetas de la inseguridad ética, del relativismo o del pensamiento débil. Desde esas premisas se llega sin sentirlo a la

actitud deprimida de quienes no creen que podamos fiarnos de ninguna de nuestras afirmaciones ni hacer pronunciamientos éticos independientes de las particularidades culturales. El sistema heredado de la Ilustración se basa en que sí podemos hacer tales cosas. Por ello, las actitudes débiles de ese tipo ponen en peligro mucho de lo que la Modernidad tiene de irrenunciable; por ejemplo los derechos humanos, la libertad de opinión y de pensamiento, o sea la base de la democracia. Hay que actuar de otra manera.

Es cierto que la ciencia del XIX y la primera mitad del XX fue extrapolada con frecuencia hacia una visión excluyente de otras aproximaciones a la realidad, como el arte, la literatura o la filosofía, con un peligroso deslizamiento hacia un mundo donde el hombre se siente extraño. Ocurrió así en especial por dos motivos que conviene conocer: el supeditar todas las facultades mentales al razonamiento lógico (el sueño de la hipótesis fuerte de la Inteligencia Artificial) y la visión lineal, mecánica y previsible de la historia, establecida por el éxito de la dinámica newtoniana (pensemos en el marxismo o en los colonialismos). Necesitamos, sin duda, vivir los ideales de la Ilustración de una manera más consciente y auténtica y eso pasa por repensar el papel de la ciencia en el mundo de hoy. Para ello se requiere hacer un ejercicio de sutileza, mientras que negar objetividad al saber científico es cosa bien tosca e infundada. No es el camino a seguir, porque no lleva a ninguna parte. Mejor dicho, sí lleva, pero a donde nadie querría estar.

Antonio Fernández-Rañada